

La tercera sección del texto propone algunos temas más específicos y que suponen interrelaciones a la comprensión creyente del presente: el nuevo papel que des- punta para la mujer —y con ella, para todo el género humano— en la sociedad y la Iglesia; la relación entre la Iglesia y el poder político y más específicamente con la democracia, como mejor expresión de régimen político dialogante y servicial; los desa- fíos que el trabajo supone para la tarea pastoral de la Iglesia en condiciones de moder- nidad; el discernimiento de la fe religiosa popular y su moral relacional y universa- lista, pero especialmente atenta a incluir y dar prioridad a los más necesitados.

El conjunto del libro contiene diversidad: hombres y mujeres; sacerdotes y laicos; teólogos o no; cristianos, creyentes o simplemente personas de buena voluntad; tex- tos de riguroso formato académico-científico junto a escritura de tipo más sapien- cial... todo ello se compendia en estas páginas que pueden ayudarnos a comprender mejor los tiempos en que vivimos y procurar, con fidelidad creativa, la continuación de la obra misma de Cristo.—D. G.

GRESHAKE, GISBERT, *¿Por qué el Dios del amor permite que suframos?*  
*Breve ensayo sobre el dolor* (Sígueme, Salamanca 2008), 140p., ISBN:  
978-84-301-1688-1.

Un autor que no precisa presentación y un tema complejo, pero al mismo tiempo atractivo, hacen de este pequeño ensayo una obra deseable para ser leída.

No es la primera vez que Gisbert Greshake se ocupa del tema del dolor. Aparece tra- tado con rigor y profundidad tanto en sus estudios sobre Dios (*El Dios uno y trino: una teología de la Trinidad*) como en los que dedica a la escatología (*Más fuerte que la muer- te: lectura esperanzada de los novísimos*); pero además estamos ante una «meditación teológica» de la que el mismo autor nos aclara que se encuentra en su tercera redacción. La primera aparecía en 1978 con el título *El precio del amor. Meditación sobre el dolor*, conociendo en sus diez primeros años de vida siete ediciones. Posteriormente ve la luz como libro de bolsillo en 1992 y bajo el título *Cuando el dolor paraliza la vida. ¿El dolor precio del amor?* El pasado año el autor decidió, ante la continua demanda, publicarlo de nuevo en una versión notablemente ampliada, entrando en diálogo con las diversas posturas que, respecto a este tema, han ido apareciendo en una serie de obras que en estos últimos años han afrontado la cuestión de la compatibilidad del mal con un Dios bueno —primera parte: *El precio del amor*—, y añadiendo además una reflexión parti- cularmente dirigida a afrontar la vivencia del dolor en la «experiencia de los límites», que será el contenido de la segunda parte de esta pequeña obra: *Vivir con límites*.

El lector no quedará defraudado respecto a lo que el título de este libro promete. Se trata sin duda de un ensayo sobre el dolor. Un ensayo teológico, pero que abraza sin miedo en su reflexión el pensamiento filosófico, psicológico, sociológico y litera- rio. Y es al mismo tiempo un ensayo que, partiendo de su propia experiencia y sin per- der el contacto con ella, recorre con conocimiento y autoridad los hitos principales por los que ha realizado su itinerario la reflexión teórica sobre el sufrimiento, abor- dando abiertamente la cuestión punzante de si es legítimo pensar el dolor más allá del necesario reaccionar frente al dolor y contra el dolor.

Esta dialéctica entre la teoría y praxis atraviesa las grandes cuestiones abordadas en el primer capítulo: el mal, el dolor ¿deben ser entendidos o combatidos? ¿Estamos ante un problema a eludir o a enfrentar? ¿Es legítimo o no pensar el dolor y su vinculación con Dios? ¿Es susceptible de teorizar universalizándola una experiencia tan concreta y personal como es la experiencia del dolor? Tras admitir que la cuestión del por qué del dolor no puede ser nunca contemplada como un mero asunto teórico, Greshake hace ver que las cuestiones esenciales, a las que la vivencia del dolor impulsa a buscar respuesta, son legítimas y necesariamente nada teóricas, pero precisan de una respuesta, o al menos de «un marco con sentido dentro del cual poder, al menos de forma incoactiva, entender y elaborar el dolor» (30). Cuando la cuestión del dolor se cruza con la pregunta por Dios surge la teodicea, pero también el interrogante existencial e ineludible para el creyente de cómo es posible manejar el dolor y «permanecer sin reservas en la fe en Dios sin dudar ni desesperar de su bondad y su poder» (28).

El autor nos va guiando en esta primera parte del libro con gran maestría a través de las preguntas, las objeciones y las soluciones que desde la antigüedad hasta nuestros días han abordado esta cuestión. El lector se sentirá suavemente llevado, por unas páginas en las que los nombres, los textos, las soluciones fluyen con belleza y sencillez, tratando de no evitar las aristas más punzantes de la cuestión, ni las propuestas más contrarias a su propio pensamiento, pero sin proveer de respuestas apresuradas o soluciones fáciles, simplemente acompañándolo hasta el borde de cada argumento y exponiendo con objetividad y claridad los problemas que quedan sin resolver y las preguntas que persisten. Pero señalando también el reto ineludible que se le plantea a la teología de ser capaz de «aducir en qué dirección puede entenderse el sufrimiento, y cómo, en consecuencia, se lo puede elaborar e integrar existencialmente» (29).

Esto intentará el autor en los capítulos siguientes. No tanto dar una respuesta o tratar de resolver con una teoría el problema del dolor, sino establecer el «marco» en que se haga posible la fe en un Dios amor, aun en medio del dolor. Para ello comenzará distinguiendo dos «especies» de dolor, diversas en cuanto a su esencia, a su fundamento: el dolor causado por el abuso de nuestra libertad y el que procede de las estructuras de la realidad, es decir, de la Creación. De ellos se ocupará respectivamente en los capítulos 2 y 3.

En las páginas que se ocupan del dolor que procede de la libertad humana, se aborda, en primer lugar, la necesidad de la *libertad* como elemento ineludible en una Creación realizada por amor y para el amor, y del *dolor* como la consecuencia lógica de una libertad creatural que trata de ser absolutamente autónoma y se actúa contra su Creador y el proyecto que le conduciría a su propia consumación. Greshake tratará aquí de dar respuesta por una parte a quienes sitúan en Dios la «causa última del dolor» (Metz) haciéndole, en último término, responsable de él; y por otra, tanto a quienes se preguntan si no hubiera sido mejor omitir una creación como ésta, como a quienes tienden a justificar las relaciones de dolor y de justicia subsistentes, haciéndolas de esta forma estables. La cuestión es que «si hay libertad humana, la posibilidad del mal que causa dolor queda dada al mismo tiempo. Si Dios impidiese ese dolor, significaría que Dios retiraba al hombre la libertad y, con ella, la posibilidad del amor real» (54). Para clarificar esta afirmación, se verá en la ardua tarea de mostrar cómo la tesis de que Dios puede impedir el pecado y el dolor en contra de la libertad del hombre lleva al absurdo, para lo cual tendrá también que rescatar la comprensión de

la omnipotencia de Dios del contexto de la metafísica occidental para devolverla a su matriz bíblica. Sólo desde aquí se hace posible percibir que el poder de Dios es el del amor, que lejos de producir dependencias es un poder liberador, cuya omnipotencia se manifiesta justamente en su capacidad de autolimitarse cuando se está exteriorizando como tal omnipotencia. Dándose de tal modo, hace independiente a quien lo recibe. No se trata de sustraer a Dios su omnipotencia, pues sin ella dejaría de ser la esperanza de salvación para la humanidad, sino de comprender por una parte ¡hasta qué punto a Dios le interesa el ser humano que arriesga no sólo la creación de un ser que puede volverse contra su Creador y desencadenar el mal, sino que toma sobre sí la responsabilidad de que ese mal acontezca!

Junto a este tipo de dolor cuya causa es el mismo ser humano, puesto que nace del pecado, del pecado propio, del de los prójimos y del de la humanidad, está otro tipo de dolor que tiene su origen en la creación misma. El autor aborda a lo largo del capítulo tercero, *Creación y dolor*, la difícil tarea de preguntarse por la razón íntima de un mundo que, de hecho, produce dolor. Y de nuevo, lo hace con plena seriedad y gran valentía. El hilo conductor que nos irá encaminando hacia la pregunta conclusiva será una vez más la libertad. Pero ahora se tratará de ir mostrando cómo toda esa plétora de dolores que tiene su origen en la Creación misma son «una secuela necesaria de que la evolución se realice como un bosquejo previo de la libertad: no de manera determinada ni necesaria, ni fija, sino jugando, probando posibilidades en el ámbito de lo casual» (66). Esto supone prueba, ensayo, acierto y frustración, la existencia de lo disonante, lo desintegrado, lo malogrado... y todo ello suscita dolor, una especie de «dolor estructural» (67) que sería como el envés de la libertad. Así poco a poco el autor va poniendo en evidencia que el dolor no habla en contra del Dios creador ni de su bondad, sino que es la condición de posibilidad de la libertad, es decir, del amor. En este sentido el dolor puede ser presentado como el precio del amor.

Estos dos capítulos nos conducen a la pregunta definitiva que llevará a la conclusión de esta primera parte: «¿Tiene realmente tanto valor la libertad, presupuesto del amor, como para exigir por ella el precio, la entrada, de un dolor espantoso?» (74) Pregunta que resuena en la que da título al capítulo cuarto: *¿Un precio demasiado alto?*. Desde la aseveración sin ambages de que «Dios no quiere en absoluto el dolor» (76), Greshake se introduce en una discusión que marcha de la mano de la experiencia de las víctimas de los sufrimientos más atroces de nuestro mundo, tratando de abrirse camino entre la tesis de que «la creación ni merecía ni merece el precio que supone el espantoso dolor de la humanidad» (75) y la de la visión de un Dios que «sólo mira a la balanza de resultados finales —dar participación en su vida a las criaturas— y para nada toma en cuenta a las víctimas» (74). Un camino que sólo atisba un horizonte de salida en la Cruz, es decir, cuando el absoluto no querer el dolor de Dios se materializa en el introducirse él mismo en el dolor haciéndolo suyo. No para duplicarlo sino para superarlo radicalmente. Sólo la solidaridad en el dolor de Dios, y su gran compasión manifestadas en la vida y muerte de Jesucristo nos permiten afirmar que Dios «sufre con nosotros para superar el dolor desde dentro» (81). Así, el autor va conduciendo suavemente al lector hacia una primera respuesta al interrogante desatado en este capítulo: «el precio demasiado alto por el dolor a causa del amor, lo pagó Dios mismo» (85). En una bella página Greshake explica cómo el dolor de la Trinidad es soportado por el Padre, con ambas manos: el Hijo y el Espíritu. En el com-padecer de

este Dios pueden los hombres encontrar la fuerza para luchar contra el dolor, para resistirlo y para dotarlo de sentido. ¿Cómo? Esta será la cuestión a afrontar en el último capítulo de esta primera parte: *Superar el dolor*.

La esperanza cristiana será la aliada del autor para ir diseñando unas pautas que ayuden al creyente a situarse ante el dolor. En primer lugar con una llamada clara a erradicarlo, sea mediante el compromiso personal, social o mediante la com-pasión. En segundo lugar, sabiendo que quien se involucra en la superación del dolor y sus causas sufrirá sin duda, pero aceptar este dolor no sólo tiene sentido sino que es un modo de «completar lo que aún falta al dolor de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,24) y es participar en la com-pasión de Cristo. En tercer lugar haciéndonos conscientes de que mientras estemos en este eón, existe un dolor que no se puede superar, pero sí resistir a su destructiva agresividad, para transformarlo. Esta transformación, piensa Greshake, para la persona de fe, tiene lugar sobre todo en la oración, en la queja, en la súplica, pues el dolor expuesto ante Dios es resituado, cambiado de contexto y lanza desde la fe a la promesa del Reino. Más aún, puede convertirse en un momento de vital importancia en la vida, en un espacio fecundo de maduración y de crecimiento.

«Solo quien ama consigue soportar, integrar y superar el dolor. El que sufre en amor y por amor, sigue el camino del Dios que prefiere sufrir con la Creación antes que retirarle su libertad» (97). Este es el marco teórico que nos brinda el autor como espacio dentro del cual cada persona debe realizar su propia elaboración del dolor. Así finaliza la primera parte del libro, que como se habrá podido percibir tiene consistencia, unidad y autonomía por sí misma.

Tan sólo dos cuestiones me surgen tras la lectura de esta primera parte. La primera referida al capítulo *Creación y dolor*. El autor finaliza el capítulo tratando de volver a argumentar contra las voces críticas que insisten en el hecho de que los factores negativos de la creación son un precio excesivamente alto, y que recurren a la figura de un anti-dios para dar cuenta de ellos. Para responder a éstos acude al «pecado original», como una fuerza que podría jugar un papel análogo al que dichos autores atribuían al anti-dios. Y entonces se refiere a «la ósmosis esencial de todas las cosas creadas» (70). Por una parte, el recurso al pecado original para solventar el problema, tengo la impresión de que nos introduce en otro, al menos tan complejo como el primero. ¿No bastaría con referimos a las «estructuras de pecado» y su poderosa influencia para dar cuenta de la escalada creciente de estructuras negativas con las que nos encontramos en nuestro mundo, como causantes de la ruptura de la «*communio* osmótica entre todas las criaturas»? En realidad pienso que Greshake, no ha dado suficiente importancia a los estudios que ya existen sobre el modo cómo la naturaleza, la tierra, los seres animados pero también los inanimados influyen en el ser humano, en su carácter, en su salud, en su modo de relacionarse (cf. J. Rof Carballo). La influencia del hombre sobre el hábitat no es unidireccional, también éste influye sobre el hombre. ¿No bastaría esta relación, para hacer patente la huella de desestructuración, de mal y de sufrimiento que la libertad humana deja en la tierra, no sólo directamente debido a su relación expoliadora y destructora con ella, sino al efecto nocivo sobre ella de una humanidad signada por la violencia, el mal y el pecado?

La segunda cuestión es más bien una perplejidad por una ausencia. El autor, de la mano de Guardini y de Kart Barth (extrañamente no menciona a H. U. von Balthasar

que desarrolla este tema con amplitud en su *Teodramática*), para explicar el riesgo asumido por Dios a la hora de crear un mundo dotado de libertad, expone cómo el Creador asume su responsabilidad desde el comienzo, y se arriesga «a establecer una Creación que podía volverse contra él y desencadenar un alud de dolor, sólo porque de antemano se había decidido a curar con su propio compromiso doloroso las heridas de las que la misma Creación tiene la culpa» (81). En otras palabras, se arriesga en vistas al Hijo, se arriesga creando al ser humano con la mirada puesta en el Hijo. En este sentido es interpretado el conflictivo texto de 1 Pe 1,20. Lo que extraña es que el autor no haya dado un paso más después de asumir el riesgo de afirmar la elección de Cristo antes de la Creación del mundo para rescatarnos con su sangre, dejando estas afirmaciones apenas sin consecuencias a la hora de dar pistas para abordar la tarea de elaborar el propio sufrimiento y tratar de encontrarle un sentido desde la fe. Tampoco el seguimiento, o la imitación de Cristo, aparecen más que como ejemplo para luchar contra el dolor, y para aceptar las consecuencias de enfrentarse al pecado (91). Incluso el *excursus* sobre el texto de Col 1,24, sólo deja espacio para comprender el «completar los sufrimientos de Cristo» como luchar para que el mal se acabe, sin hacer mención alguna sobre la posibilidad de participar con Cristo en esa misión de com-padecer, a través de la cual nos alcanza la salvación y nos aproxima el compromiso de Dios con la humanidad doliente. ¿No hay posibilidad, para quien vive en primera persona el dolor, de elaborarlo incluyendo su propio dolor en el de Cristo, com-padeciendo con Cristo, viviéndolo solidariamente con la humanidad doliente, incorporándose a la misión de Cristo... sumándose a ese cuerpo de Cristo que es la Iglesia, por el que aún hay que padecer, con el que aún hay que com-padecer? A esto parecería referirse el autor cuando afirma, en el ya mencionado *excursus*, que «Cristo llama a este camino suyo también a los que creen en él, de modo que seguir al Señor, significa siempre y al mismo tiempo seguirlo en su vía dolorosa» (86).

En la segunda parte: *Vivir con límites*, todo lo dicho se concreta y se aplica en «un modo especial de dolor» que consiste en tocar los límites de la vida (enfermos, discapacitados, ancianos, moribundos). Si uno de los objetivos que el autor plantea en el Prólogo de esta edición es el de ayudar «a soportar los dolores del mundo y de la propia vida, en un horizonte de sentido que no está en contradicción con el de Dios» (11), esta orientación pastoral y este deseo se perciben más claramente en esta segunda parte. El texto —que originariamente fue una conferencia— tiene, tal vez por ello, un tono más divulgativo que el de la primera parte, y el valor de tratar de iluminar las oscuridades y las dificultades de esta experiencia desde el contexto de una cultura que rechaza abierta y puerilmente todo límite, toda dependencia, toda falta de eficacia. De esta manera, el autor brinda no sólo apoyos para recorrer un camino personal sobre algunos fundamentos sólidos, sino para enfrentar y transformar una sociedad que al expulsar «la experiencia de límite» de su horizonte está perdiendo uno de los lugares «más fecundos del conocimiento» (Tillich), uno de los «lugares más comunes de toda la especie humana», así como un espacio privilegiado para vivir la propia condición humana con sentido, intensidad, profundidad y madurez, tomando conciencia de la importancia de las relaciones humanas. Este es el contenido fundamental del primer capítulo de esta segunda parte: *Límite y experiencia de la muerte*. En el segundo, Greshake recoge en cuatro palabras, *reconocer, madurar, amar y esperar*, las que considera más importantes *Dimensiones implicadas en el manejo del dolor*. En

estas pocas páginas finales se nos ofrecen pistas concretas para el manejo del dolor, siempre en un contexto de fe, y siempre tratando de poner en evidencia «las posibilidades» que estas experiencias de limitación pueden brindar en orden al acrecentamiento de la persona.

Por esta razón la lectura del libro deja un poso profundo de esperanza. ¡No en vano es la última dimensión tratada!; «se puede vivir con límites, se puede manejar el dolor no con represiones y silencios, sino mirando valerosamente el límite y aceptándolo, siempre con la esperanza de que el límite no tiene la última palabra» (129).

Un libro, en definitiva, bien escrito, profundo y al mismo tiempo fácil de leer. Valiente a la hora de hacerse preguntas, y de confrontarse con otros modos de pensar. Serio intelectualmente, bien documentado y simultáneamente escrito desde la experiencia de la propia vida y pensado desde la de tantos hombres y mujeres que sufren en nuestro mundo, que son víctimas o marginados del sistema por sus «límites». Pensado desde ellos y para ellos, con profundo respeto, y con la sabiduría de quien ya ha transitado esos espacios. Un libro que no defraudará al lector.—NURYA MARTÍNEZ-GAYOL FERNÁNDEZ.

POLKINGHORNE, JOHN (ed.), *La obra del amor. La creación como kénosis* (Verbo Divino, traducción de la edición inglesa de 2001, Estella 2008), 287p., ISBN: 978-84-8169-854-1.

La Teología en España ha estado excesivamente lastrada hacia las construcciones centroeuropeas (de corte más esencialista) y menos orientada a la emergente Teología anglosajona, más volcada hacia conceptos nuevos que surgen del debate con las ciencias de la naturaleza. El editor de este trabajo, John Polkinghorne (1922), es un físico de partículas británico y teólogo conocido por todos aquellos interesados por el diálogo entre las ciencias y la teología. Sus ideas ha sido difundidas desde la Universidad Comillas ([www.upcomillas.es/webcorporativo/centros/catedras/ctr/Documentos/POLKING1.pdf](http://www.upcomillas.es/webcorporativo/centros/catedras/ctr/Documentos/POLKING1.pdf)). En inglés tiene publicados casi dos docenas de libros sobre esta problemática (como autor principal o como coordinador). En castellano sólo podemos citar *Ciencia y teología* (2000), *Explorar la realidad: la interrelación de ciencia y religión* (2007) y su obra más conocida, *La fe de un Físico: reflexión teológica de un pensador ascendente* (2007). Cuando tenía ante sí una brillante carrera científica como prestigioso profesor de Física, optó por dejar la cátedra, estudiar teología y ordenarse sacerdote en la iglesia anglicana. Desde entonces, ha sido uno de los más eficaces dinamizadores del encuentro fe-ciencia. *La obra del amor* (cuya edición inglesa, *The work of living*, es de 2001) ha sido editada gracias al tesón del *Seminario de Teología i Ciències de Barcelona* ([www.sticb.org](http://www.sticb.org)) que, dentro de la colección «Teología y Ciencias» ha divulgado ya otra de las obras de Polkinghorne, *La fe de un Físico*. Como apunta el profesor Manuel García Doncel en la presentación de la edición española, «esta obra de 2001 constituye una grandiosa colaboración sobre el tema de actualidad «la creación como kénosis». Este concepto ha surgido de su concepción cristológica, bíblicamente fundada en el himno prepaolino (Filipenses 2, 6-11), tradicionalmente aplicado a la encarnación, en el que se canta a Cristo que en su amor redentor, siendo de